

**El corazón de Diego Uribe.**—Me parece estar viendo la escena... Tenía yo unos 16 años y era muy dado a leer versos, quizá porque no los publicaba, pues mi público para ellos era una noviecita quinceañera, a quien le descargaba cada acróstico que cantaba el credo.

Y digo que era muy dado a leer versos porque no los publicaba, pues desde que empecé a publicarlos hago como los zapateros que no se calzan: los escribo para atormentar a los demás, así como esos respetables obreros fabrican botas para el fomento de los ajenos callos, y ellos usan alpargatas.

Muy dado a leer versos era yo, repito, y un domingo a medio día me hallaba en mi cuarto de hijo de familia, leyendo, sentado en un arcaico sillón de vaqueta, con los pies sobre el escritorio; posición poco académica y poco apta para leer poesías; bien es verdad que lo que yo leía era un libro de versos muy crudos—creo que de Batres Montúfar—, del cual recuerdo una octava real que decía así:

«Como el viento, fugaz es la hermosura;  
es el lujo fantástica quimera;  
las flores se convierten en basura;  
los trajes van a dar a la hilachera;  
esa epidermis de sin par blancura  
es el forro de horrible calavera,  
y esos ojos brillantes, primorosos,  
se vuelven agujeros asquerosos».